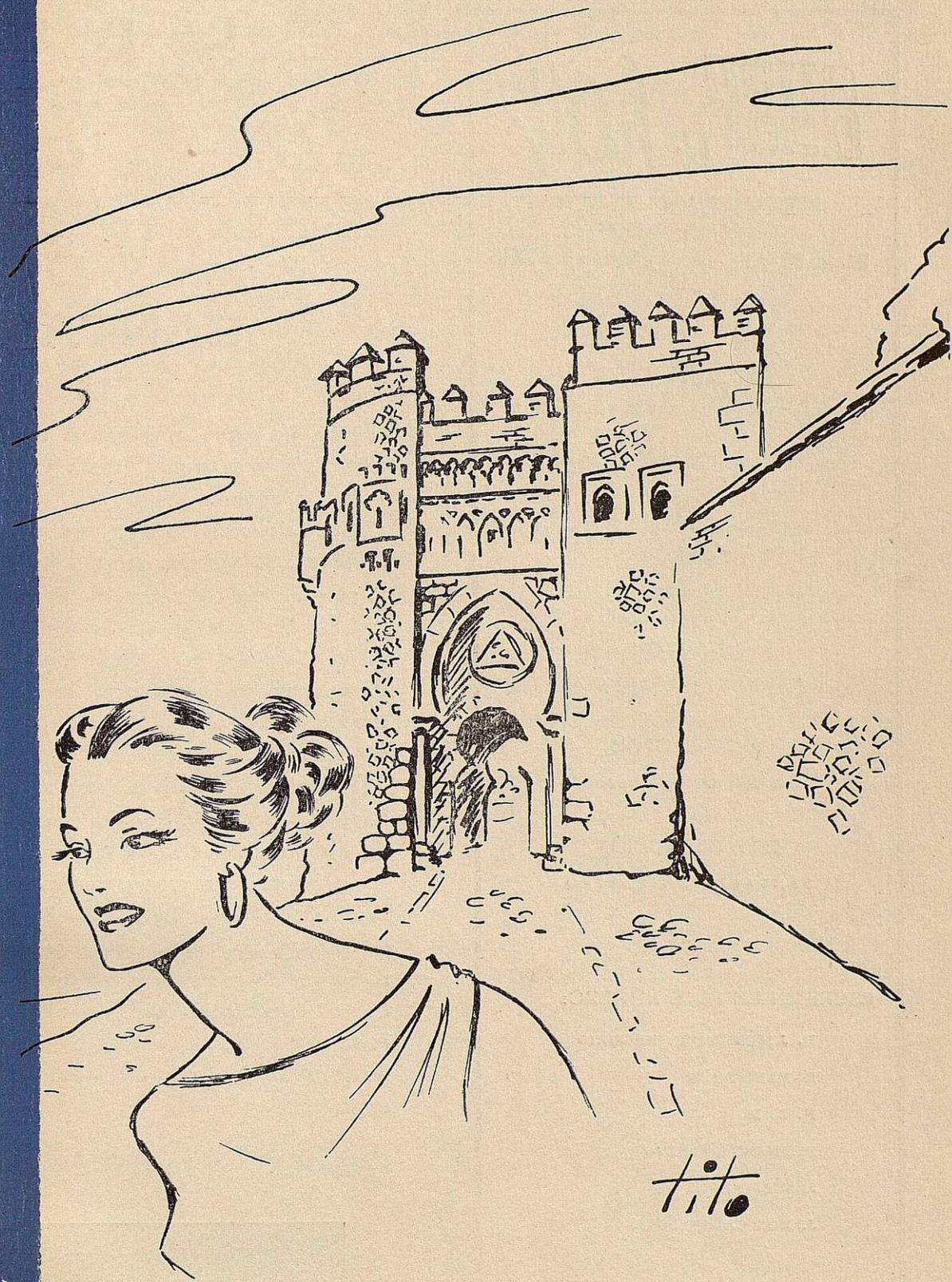


N.º 82-83

ABRIL - DICIEMBRE 1963



ayer y hoy

ayer y hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núms. 82 - 83 Abril - Diciembre 1963

•
EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

« ESTILO »



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

JESÚS SANTOS BAJO

JEFE REDACCIÓN

SANDALIO DE CASTRO

III

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

F. JIMÉNEZ DE GREGORIO

RAFAEL BRUN

F. Z. M.

FERNANDO ESPEJO

JESÚS SANTOS

J. ROS CAMPILLO

III

POESÍAS ORIGINALES DE

JULIÁN MALLUGUIZA

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO

LA IV SEMANA DE CULTURA POPULAR DE SANTA BÁRBARA

En la segunda quincena del pasado Septiembre, tuvo lugar, en la barriada de Santa Bárbara, la IV Semana de Cultura Popular.

Luchando contra un tiempo inclemente que ha pretendido deslucir alguno de los actos, se ha conseguido llevar a término la mayor parte del programa con entusiasmo y con fe.

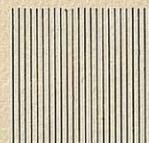
Un barrio cuya existencia transcurre un poco marginalmente a la del resto de la población, está realizando una experiencia tan interesante como es la de promocionar a planos superiores de cultura al estrado más vital de nuestro pueblo.

Pruebas Deportivas, Exposiciones de Arte y Artesanía Popular, Conciertos, Danzas, Conferencias, todo bien dosificado y planeado dentro del mejor gusto y eficacia.

Cuando la mayor parte de los espectáculos son como dice J. Folliet en su libro «El Pueblo y la Cultura»: «Instrumentos de evasión, embrutecimiento y perversión», este honesto esfuerzo en pro de una mayor cultura popular tiene un significado de tal trascendencia que, como nota ejemplar en la vida de nuestra ciudad, nos vemos honrados en hacerlo resaltar en nuestras páginas con un aplauso sincero para sus acertados organizadores.



Sus AA. RR. los príncipes Don Juan Carlos de Borbón y su esposa Doña Sofía, visitan Toledo, acompañados de nuestro Director Don Clemente Palencia



EL ABUELO SACRISTÁN

Por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Numerario de la Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo.

Conocí a mi bisabuela Paulina cuando ya tenía cerca de los ochenta años. Se apellidaba García de las Heras Resino. Era una mujer alta, a mí me parecía corpulenta, de facciones grandes, pero correctas, de porte señorial; el pelo escaso y totalmente blanco, apenas cubría su cabeza, en donde a floraban gruesos quistes, llamados entonces en mi pueblo patatas.

Las patatas de la abuela eran famosas; los nietos las veíamos con cierta admiración; ella se reía con aire bonachón y se decía que le agradaba tenerlas. Cuando la peinaban sus hijas, una de ellas heredó sus patatas, siempre advertía: «Cuidado, Guadalupe o Milagros, con mis patatas». Sus hijas, lo recuerdo muy bien, pasaban el peine con mimo, como en una caricia, por los venerables promontorios sebáceos de su madre.

A mi bisabuela la gustaba con fruición el chocolate; siempre que estaba en casa de su hija, de mi abuela Guadalupe, lo tomaba en una jícara labrada. Asimismo tenía una solemne copa de grueso cristal de dedos. Todavía la conserva mi madre, su nieta Soledad, en un grande y altísimo aparador. En aquella copa pesada, majestuosa, bebía un dedalito de vino tinto en las dos comidas, que solía hacer copiosas y sosegadas.

Yo quise mucho a mi bisabuela Paulina, era su único biznieto, y ella respondía a mi tierno cariño. No me gustaba que sus nietos, mis tíos, mayores que yo, se burlaran, a veces, de las cosas de su abuela, o que las criadas se rieran de ella. Cuando todavía tenía casa puesta, siempre pasaba a verla cuando iba a la escuela, con mi cartera colgada. En invierno se cubría con un mantón negro y pesado, con un pañuelo de seda, de ese color, la cabeza. Andaba despaciosa y un poco inclinada sobre sí misma. A veces la sorprendía sobre los cajones de la vieja cómoda, revolviendo trapos que oían a antigüedad, ricas telas o vestidos en desuso cubiertos de abalorios; siempre la pedía que me diera los abalorios para jugar con ellos; los miraba y remiraba porque brillaban mucho.

En sus últimos años no andaba muy sobrada de dinero y solía vender alguna de las antiguallas que conservaba de un mejor pasado. Por entonces visitaban mi pueblo chamarileros y anticuarios, en Belvís los llamaban antiguarios, que, rapaces, conseguían por escasas monedas valiosos objetos: antiguos velones, relojes muertos, viejísimas y barrocas camas de bronce, monumentales almireces, solemnes braseros

dorados, extraños llamadores en forma de mano, clavazón, arcaicas capuchinas articuladas, tinteros, candelabros, mesas de salomónicas patas, algún bargeño. ¡Cómo expoliaron a los pueblos los ladinos anticuarios! Tenía mi bisabuela un hermoso brasero dorado, con su alambarrera con apliques de bronce, en la sala, en donde solía estar siempre en invierno junto a una gran ventana con reja labrada a mano por Dionisio del Valle, fechada en los primeros años del pasado siglo. Yo me sentaba en la áspera y gruesa estera de esparto que cubría la sala y jugaba cerca del brasero; me gustaba mover sus pesadas agarraderas, también de bronce, y pasar una y otra vez mis manos sobre sus pulidos y suaves relieves; su templanza hacía más grata la persistente caricia.

En mi pequeñez protestaba de aquellas ventas a los anticuarios. En alguna ocasión presencié los halagos para sacarla un tintero de bronce y la campanilla que a mí tanto me gustaba hacer sonar. Una mañana inverniza vi que faltaban las asas del brasero. ¡Mis asas! Miré a mi bisabuela con afán y comprendiendo ella mi muda pregunta, me contestó con un gesto leve y triste: —«Vino el antiguario y se las vendí por dos duros». Al despedirme aquella mañana, la besé y en sus mejillas pálidas y rugosas quedaron las huellas de mis lágrimas. Para mí fue doloroso ver mutilado el brasero, como sin brazos; se lo conté al mediodía a mis padres y a mis abuelos. ¿Cómo era posible?

Cuando ya se hizo más vieja, se fue a vivir a casa de sus hijos. En casa de mis abuelos la traté más y pasaba muchas horas del día en su compañía; después al morir mi abuelo Eloy, me fuí con mis padres a casa de mi abuela Guadalupe y entonces fueron más estrechas mis relaciones con mi querida bisabuela Paulina. Me era grato hablar con ella, quererla, protegerla de las ocasionales insolencias de la juventud; ella se hacía muy bien conmigo y se distraía contándome muchas cosas. Las cosas de los viejos, siempre llenas de interés, de experiencia; son como la Historia contada por sus lejanos protagonistas.

La recuerdo ahora, envuelta en su mantón, sentada en el escaño del portal; su figura entonaba con aquellos muebles patriarcales, severos, antiguos, de líneas escuetas y rústicas, sin barroquismos. Me sentaba a su lado y me contaba alguna de sus viejas historias.

Había conocido al maestro de obras que levantó la graciosa y elegante torre de campanas de Belvís. Tuvo

con él alguna amistad y hasta creo me dijo alguna vez que habían sido novios. Esto era por el año 1857.

Mi bisabuela tuvo fama de mujer hermosa y parece que ciertamente lo fue; vivió bien, casada con un hombre muy bueno, labrador de posición acomodada, el señor José de Cáceres. Entre chocolatadas, sosegados paseos por el camino viejo de Talavera bajo la sombrilla, visitas a amigas, viajes a La Nava, a Talavera y estancias veraniegas en los Baños de la Retortilla, transcurrió su plácida vida. Ah, me olvidaba de las veces que fue al Monasterio de Santa María de Guadalupe a cumplir alguna promesa. De niña conoció, al menos de referencia, los horrores de la primera guerra carlista. Me contaba una vez que viniendo unos novios de adquirir las vistas de la próspera Talavera, les salió al paso una partida; después de abusar gravemente de la novia la mutilaron de manera atroz.

Hablaba mi bisabuela reposadamente, usando giros muy locales, palabras llenas de vejez, que yo trataba en vano de comprender.

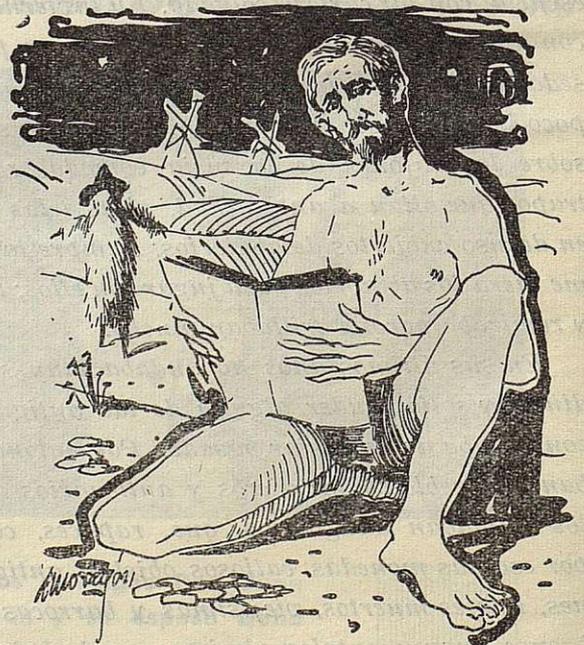
De niña había vivido mucho tiempo en casa de sus abuelos en La Nava de Rícomalillo; su abuelo era un labriego sin agobios económicos y además sacristán de aquella parroquia. Mi bisabuela le llamaba siempre «el abuelo sacristán»; para ella representaba aquel abuelo, nacido a finales del siglo XVII, todo un mundo de felicidad; el abuelo sacristán la mimaba y consentía mucho y ella se encontraba en su casa de La Nava como en la propia Gloria.

Creo que no he dicho que mi bisabuela era muy supersticiosa, supongo que tanto como las demás mujeres de su tiempo y de Belvís. Un día me contó que mientras dormía el abuelo sacristán, se le apareció una botija de dos asas, igual que las que siguen usándose para contener agua fresca; entonces el abuelo se despertó y tomando un grueso garrote que prevenido tenía a la vera de su cama, descargó un pesado golpe sobre una de las asas de la botija, desapareciendo en el acto la visión. Al día siguiente, muy de mañana, cuando iba a la iglesia a dar las Avemarías, se encontró por la calle a un vecino que no le quería bien, y llevaba el brazo roto, en cabestrillo, precisamente el que correspondía al asa de la botija que destrozó del famoso garrotazo; suponiendo que su enemigo no era otro que la botija, forma que por arte de magia había tomado en el momento de la aparición. A mí me producían un miedo enorme todas aquellas cosas; a veces intervenía mi padre para rogar a la abuela que no me contara aquellos cuentos de miedo. Pero ella no hacía ningún caso de su nieto político y otro día cualquiera seguía con sus narraciones. Decía con frecuencia que

no se encontraba bien porque Fulanita de Tal la había hecho mal de ojo cuando pasó ante ella. Entonces, con gran diligencia, llamaba a la tía Mengana, bruja de turno, para que deshiciera, con sus nigromancias, el molesto y peligroso sortilegio. La hechicera echaba unas gotas de aceite sobre un plato que contenía un poco de agua. El aceite se extendía haciendo figuras caprichosas; de esas formas deducía la bruja el nombre y naturaleza de la facedora del mal de ojo, y, con mucho misterio, decía a mi bisabuela el nombre de la Tal: — «Ya lo decía yo, si no me puede ver». Desaparecido el encantamiento, la bruja recibía de la mano generosa de mi bisabuela una libra de morcillas, tocino y, claro es, algunos reales por el interesante servicio. Y hasta el próximo mal de ojo. La bruja se iba contenta, haciéndose cruces de lo buena que era el ama Paulina y de lo requetemala que era la gente.

Hace unos días, trabajando en los ricos fondos del Archivo de Hacienda de Toledo, donde he pasado largas y felices horas, me tropecé con «el abuelo sacristán», o sea con mi retatarabuelo. Aparecía en una relación de La Nava de Rícomalillo, hecha a mediados del siglo XVIII; allí estaba su nombre, el de su esposa y los de algunos de sus hijos. Comprendí, al leer su nombre, el por qué mi bisabuela se llamó Paulina y el cariño que siempre tuvo o ese abuelo Pablo, sacristán en La Nava en lejanos días, cuando este pueblo era aldea de Sevilleja y se componía de unas setenta familias.

Apartando mi vista del manuscrito, pensé en aquella venerable figura de mi bisabuela y con este pensamiento fui llenando algunas cuartillas en su grato y nostálgico recuerdo.



EL PAPA Adriano VI

Estrechamente vinculado a la vida española en su época carolina y, por lo tanto, a Toledo, Adriano de Florencio primero, Adriano De-del después y más tarde Adriano de Utrech, más conocido por este nombre que por los anteriores, nació en la ciudad holandesa a la que adscribió su última filiación, en el año 1459, siendo sus padres Florencio y Gertrudis de Boyens.

A Adriano de Butrech se nos describe como de buena estatura, magro, de ojos chispeantes, nariz aguileña y frente hundida. Después de sus estudios primarios, siguió cursos superiores en el Peragogio de Lovaina donde, desde muy joven, destacó como profundo filósofo y vigoroso polemista de contundente dialéctica. Después del doctorado en Filosofía, se le designa profesor de Teología y canónigo de San Pedro, donde da muestras de extraordinaria sabiduría a la par que una moderación casi ermitaña en el vivir. En 1497, es nombrado Deán de Lovaina por unánime asenso de sus capitulares, y más tarde, Maximiliano I le designa profesor de su nieto de siete años Carlos V, y al mismo tiempo, Fernando el Católico, le propone para Obispo de la diócesis de Tortosa, a la muerte del que lo desempeñaba, el fraile cartujo Juan Mercader.

En el año 1515, viene por primera vez a España como representante de Carlos V, y después de la muerte de Cisneros se le designa regente de España con otros dos gobernadores, los Almirante y Condestable de Castilla Don Fadrique Enriquez y Don Íñigo de Velasco. El Papa León X le concede el capelo cardenalicio y, muerto éste, en Enero de 1522, es designado sucesor suyo por 38 de los 39 Cardenales votantes, causando gran extrañeza a todos, menos a Carlos V que, como Maquiavelo, intrigó y dividió a los Cardenales Médicis y Wolsey para sacar triunfante a su candidato, Adriano de Utrech, que ocupó la silla de San Pedro entre dos Médi-

cis, tío y sobrino, León X y Clemente VII, respectivamente.

Encontrándose en Vitoria el electo Papa Adriano VI, recibió la noticia que le hizo exclamar: «Si la noticia es cierta, doleos de mí los que bien me queráis», prometiendo, con tal motivo, crear un obispado en dicha ciudad. De allí pasó a Zaragoza, y al trasladarse desde las afueras a la Seo, lo hizo montando una mula blanca, desde cuya fecha se viene empleando esta clase de cabalgadura y pelaje cuando los nuevos Arzobispos zaragozanos toman posesión de la diócesis.

A la toma de posesión de la silla gestatoria de San Pedro le acompañaron, entre otros, los Obispos de Cuenca y Ávila y el Canónigo y gran cronista toledano Don Blas Ortiz, regresando prontamente el primero y último, pero no así el segundo, el toledano Fray Francisco Ruiz, que le acompañó hasta su muerte y aún continuó unos meses en Italia después de acaecida aquella, en cuyo tiempo mandó labrar el famoso mausoleo con su estatua yacente, joya primera del renacimiento que alcanzamos a admirar en el desaparecido convento de San Juan de la Penitencia.

También, al trasladarse a Roma Adriano de Utrech, quiso llevar consigo al Cardenal Tavera, por aquel entonces en tierras portuguesas, desempeñando una embajada carolina, y le escribió para que, sin dilación, se viniera para cosas del pontificado, como así lo hizo Tavera, acompañando al electo Papa hasta su embarque para Roma, pero rehusando continuar acompañándole sin tener para ello expresa autorización de Carlos V, por el grande respeto que debía al Emperador.

Veinte meses y seis días regentó el sabio Deán de Lovaina la silla de San Pedro, viviendo en su corte una vida de severa austeridad, precisamente en aquella Roma de los Médicis de factuosos Cardenales renacentistas que no rehuían dejarse

ver en fiestas de acusado relieve y esplendor, y así, mal visto en España por su cualidad de extranjero, y en Roma, por incomprendido; murió cuando su vida mediaba entre los sesenta y cuatro y sesenta y cinco años de edad.

El Papa Adriano VI ha sido el único habido de nacionalidad holandesa —aunque llegara al papado como Cardenal español— y el último no italiano, habiendo sido también el único en no dejar de ser Obispo —Obispo de Tortosa— a la par que Papa. A los titulares de esta diócesis les concedió la prerrogativa de usar solideo cardenalicio, y de entre todo lo que hizo por nuestra patria sobresale la excepcional prerrogativa, vigente en el actual concordato de conceder a los Jefes del Estado Español la propuesta de designación de nombres para ocupar las sedes vacantes.

Al morir, fue enterrado entre los Pontífices Pío II y III, y como fue impopular en Roma, le colocaron un epitafio despectivo en su tumba, que más tarde lo hizo desaparecer su paisano Guillermo Euckfortio, Obispo que le sucedió en Tortosa y único Cardenal por él creado durante su pontificado, que lo trasladó, desde donde se encontraba a Santa María de Anima de los Alemanes, donde le colocó un magnífico mausoleo con un epitafio laudatorio de su gran caridad.

Adriano VI puede ser que fuera un Papa que incomprendió su tiempo o que éste no le comprendiera a él, pero siendo hechos ciertos reconocidos por todos los historiadores que fue varón de gran sapiencia y humildad y que por su gran caridad vivió y murió pobremente, en la más extremada pobreza, todas estas circunstancias han, para nosotros, aureolado su figura, de la más alta simpatía y reverente admiración.

RAFAEL BRUN



PEQUEÑA HISTORIA DE UN CANJE

En el año 1940, recién acabada la guerra civil española, el Gobierno comisionó a don Eugenio d'Ors para que gestionase cerca del Gobierno francés — el llamado de Vichy, del mariscal Petain—, un acuerdo sobre ciertas obras de arte factibles de ser canjeadas. La ocasión política era propicia, tanto como la posibilidad histórica y desde luego, aunque parezca paradójico, razonablemente sentimental.

Don Eugenio d'Ors llevó a cabo varias consultas, y después de un amplio cambio de impresiones, se resolvió positivamente sobre la factibilidad de un canje, siempre que ambas partes se pusiesen de acuerdo en cuanto a las obras a elegir.

El Gobierno francés sabía de los deseos españoles por rescatar «La Dama de Elche», el llamado tesoro de las coronas visigodas de Guarrázar y una «Inmaculada» de Murillo. Buen lote, sin duda, el que d'Ors proponía. Tampoco los franceses fueron torpes en la elección del cambio y señalaron como única pieza un «Greco».

Nuevas consultas y definitiva aceptación de la oferta y de la demanda. Ambas partes, desde el principio, se mostraron propicias al entendimiento.

España, se razonó, podía ceder un «Greco» de los varios que todavía poseía a cambio de piezas únicas y de auténtica raíz y origen hispánico. Del verdadero quehacer artístico español. Se trataba de una pieza del arte escultórico más remoto, de varias coronas visigodas, pertenecientes a los antiguos y suntuosos tesoros y un lienzo españolísimo y clásico.

Todavía seguimos pensando que todo se realizó acertadamente dentro de la mayor y exacta justeza. Fue una operación éticamente espléndida que honra a todos los que intervinieron en ella. Por su buena fe y por su eficacia.

El «Greco» elegido le tocó a Toledo cederlo. Por tratarse del Greco era consecuencia casi natural el que la Ciudad Imperial se desprendiese de un lienzo más.

Toledo, una vez más, por causa razonable, dobló su voluntad y sacrificó su sentimentalismo —también su materialismo—, no siempre bien sostenido por espíritus un tanto blandos, acomodaticios y abúlicos, en beneficio del total patrimonio artístico nacional.

El lienzo fue el «Don Antonio Covarrubias». El lienzo mide 0,66×0,52 cm. Se trata del retrato del gran humanista y canónigo de la Catedral de Toledo, de busto, en sus últimos años. Este personaje murió en 1601 y el retrato se considera de 1600. El lienzo está firmado.

El cuadro estaba en la Casa del Greco, de Toledo, y pasó al Museo de Louvres en 1941, lugar en que se encuentra actualmente.

Lo cita Cossío en «El Greco», 191; Mayer en «El Greco», 325, y Camón Az-

nar en «Dominico Greco», 757. Juan Antonio Gaya Nuño, en su libro «La pintura española fuera de España», lo reseña en la ficha número 1.363, pág. 201.

Ante los hechos hasta ahora expuestos, nada hubo ni hay que objetar.

Toledo —«la despojada», que llamó con tanto acierto Félix Urabayen— estaba y está acostumbrada a estas cosas. Mala costumbre. Y peores cosas.

Vió salir de entre sus muros un «Greco» más, casi impasible —aunque en aquella ocasión para bien—, pero tal y como vió salir los de la Capilla de San José y Santo Domingo el Antiguo muchos años antes.

Lo que ya es asunto de objeción es que, si por una vez salía de Toledo una pieza artística de tal valor a cambio de otras, no reclamase por bocas autorizadas, y en compensación, una de las que reingresaban en la península, mas cuando el tesoro de las coronas de Guarrázar, sacadas de manera un tanto vidriosa en otras épocas, procedía, precisamente, de las cercanas tierras toledanas de Guadamur.

España toda, bien es cierto, recuperaba algo de lo anteriormente perdido, y en principio suyo, pero Toledo no recibió en aquella ocasión nada en compensación, habiendo puesto, como puso, el objeto del canje.

En otras palabras: el canje se realizó, pero mientras el lienzo del Greco salía de Toledo y de España, de las piezas entradas, ninguna fue otorgada a la Ciudad Imperial en compensación.

La segunda objeción, de carácter general, cabe formulársela a Gaya Nuño. Don Juan Antonio Gaya Nuño reseña, de manera muy exacta en su citado libro, el indudable despojo español —3.150 obras de arte figuran fichadas y catalogadas como salidas del territorio nacional—, aspecto éste de indudable carácter negativo, pero omite, en la ocasión que nos ocupa —el canje de Covarrubias—, la positiva labor de recuperación de «La Dama de Elche», coronas de Guarrázar y el Murillo, por parte del Gobierno español y la gestión de don Eugenio d'Ors.

Lo decimos porque creemos que en estas cuestiones —como en casi todas— es muy pausable y recomendable ser objetivos y desapasionados.

Tanto es así, que si bien es cierto que el tesoro artístico toledano quedó mermado en aquellas circunstancias y época, circunstancias a las que no se debían poner impedimentos y época políticamente propicia, y no hubo, por discreción, una palabra alzada, sino —al parecer— aquiescencia, fría y desapasionadamente, a los 22 años, creemos que quizá sería llegado el momento oportuno —con un Museo de Santa Cruz de Mendoza abierto y de ámbitos recuperados y adaptados a las

más exigentes necesidades artísticas en sus secciones de escultura y arqueología— de reclamar, en compensación muy justa, «algo» por aquel «Greco» que sirvió para el cambio.

¿El qué? Pues sencillamente un algo tan nuestro, como las citadas coronas de Guarrázar, encontradas en 1859 cerca de Guadamur.

Estas curiosas y conocidas piezas, antes de regresar a España, se encontraban en el Museo de Cluny, de París. Después de las conversaciones sostenidas por d'Ors en 1940 y el canje en 1941, ingresaron en 1943 en el Museo Arqueológico de Madrid, en donde se encuentran actualmente (1).

En 1963 preguntamos respetuosamente: ¿Por qué deben continuar allí? ¿Por qué no intentar ahora una justa reclamación?

Una curiosidad: la Armería Real de Madrid guardaba, hasta 1921, una de las coronas, de las pocas que quedaron en España por aquel entonces. La corona llamada de Suintila. Y digo guardaba, hasta 1921, ya que en ese año fue robada, sin que hasta la fecha haya aparecido.

Toledo, para con España, jamás ha sido ni tacaño ni cicatero. Poco tiene y menos parece que la quieren dejar; pero bien es cierto, y reconoce, que desde hace algunos años ha recuperado mucha de su fortuna perdida. También Toledo ahora, que ve las circunstancias y la época propicia, podía pedir, puede pedir con tranquilidad, «algo» a cambio de «aquello».

En «La pintura española fuera de España» se catalogan 288 obras del Greco esparcidas por toda la Tierra, en todos los museos, colecciones y países.

Muchas de estas obras proceden de Toledo; unas directamente, y otras que figuraban en la colección del Marqués de la Vega-Inclán, a través de otros conductos.

Nada de esto, definitivamente perdido, se pide, reclama y casi recuerda. No estamos locos. Se perdió, y mal perdido está, como otras miles y miles de piezas de arte.

Un solo recurso queda, un solo derecho, el del pataleo. Y de vez en cuando decir algo como esto: que no a todos, por silencio, se nos crea consentidores ni menos ignorantes de las pequeñas —mezquinas— historias de un Toledo de mercadillos, que en este aspecto, y desde hace muchos años, es la historia triste. La prudencia dicta silencio, pero el silencio no puede significar ni olvido ni ignorancia.

F. Z. M.

(1) A. García Bellido. «La Dama de Elche» y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941.

TOLEDO Y EL MUSEO DE SAN TELMO

POR FERNANDO ESPEJO

Vaya por delante la afirmación de que estos renglones no son mas que unas simples anotaciones sugeridas por una visita realizada al donostiarra Museo de San Telmo, situado al pie del Monte Urgull. En sus salas de pintura, encontramos tres cuadros íntimamente relacionados con Toledo, que adjunto reproducimos: Una tabla de autor desconocido —quizás un Correa—, representando la imposición de la casulla a San Ildefonso, de suaves tonalidades y perfecta ejecución; un Pablo Gonzalvo (Zaragoza 1830-Madrid 1896), que reproduce una vista de la Sala Capitular catedralicia, con una técnica de rara perfección, y, por último, un lienzo colorista —Premio Navidad 1954—, del manchego toledano García Ochoa.

El Museo Municipal de San Telmo es un noble edificio modernizado que fue Convento de los Dominicos, terminado de construir en 1551. En la actualidad se conserva su Claustro, su Torreón y su Iglesia que, en 1913, todo ello, fue declarado Monumento Nacional.

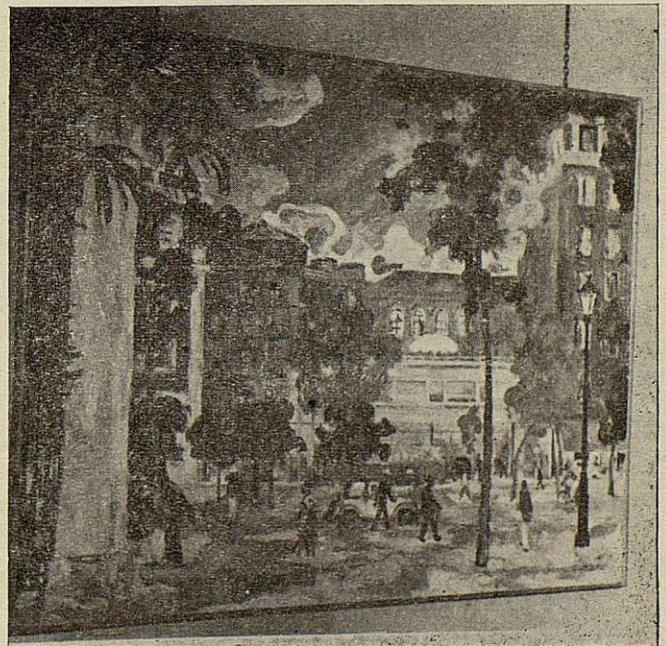
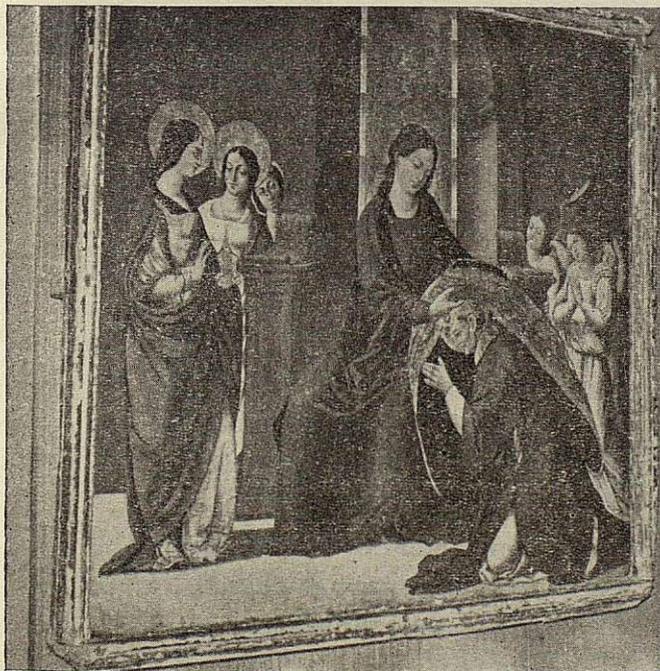
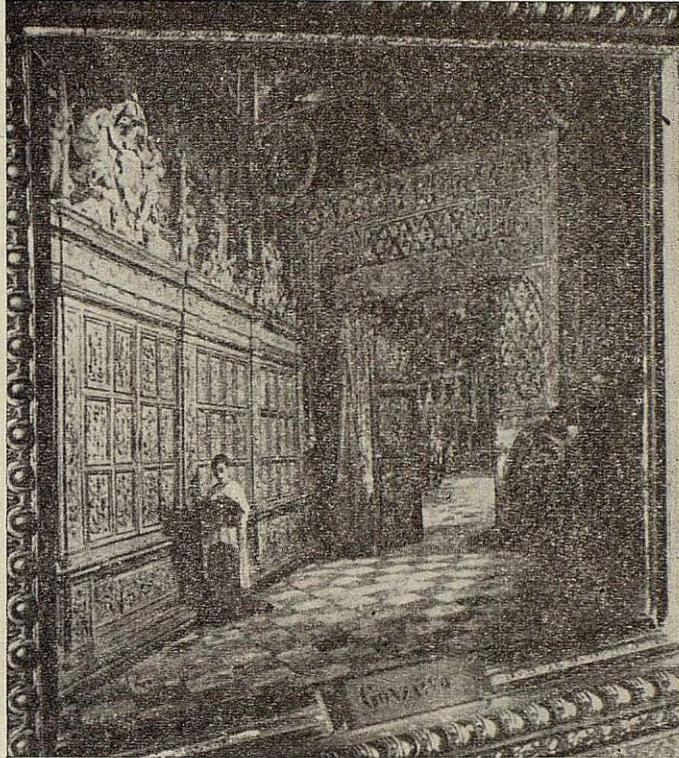
De creación y patrocinio municipal, San Telmo es, por su contenido, de una amplitud que abarca todo el País Vasco, incluida parte de Navarra. Conocida la intencionalidad de su función, veamos ahora someramente las diferentes facetas de su contenido: Recuerdos históricos, estampas, mapas diversos

y maquetas; arqueología; tocados y vestimentas regionales; escultura; etnografía, folklore, costumbres, agricultura, industria y comercio; artesanía vasca; armería histórica; salas de historia militar referidas a las guerras civiles carlistas y a la Cruzada Nacional, con armas, recuerdos, mapas, grabados, documentos, retratos, fotografías y valiosos depósitos, y pintura en una amplia gama de épocas, firmas y estilos.

Algo así nos gustaría que existiera en Toledo. Edificio adecuado, hay varios. Únicamente resulta un esfuerzo que excede de las posibilidades municipales, aunque es una obra de realización paulatina y espaciada, paciencizada. ¿Un patronato, con una participación integral, lo podría hacer realidad? ¿Con posibilidades de adquirir todo aquello, ahora se marcha por cuatro cuartos?

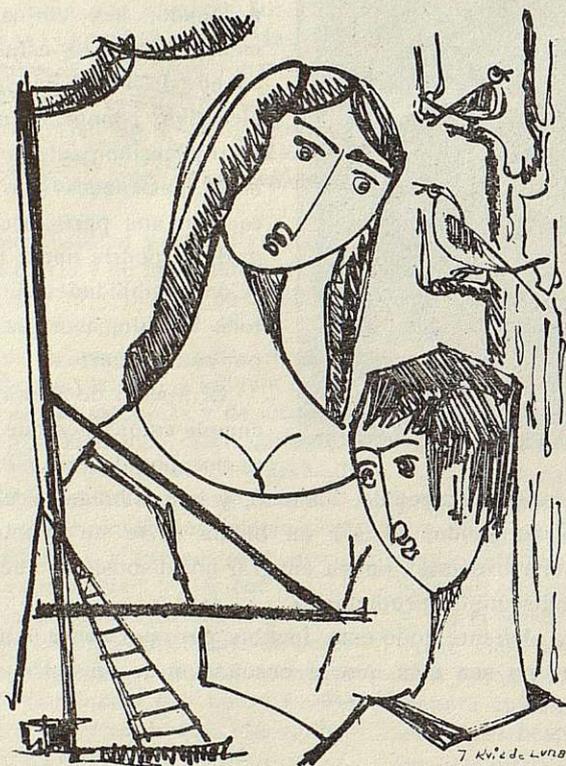
El Museo de Santa Cruz no cumple estos fines que propugnamos por dos razones: el carácter de su contenido, limitado, y la posibilidad real de que dicho contenido, al ser en buena parte de propiedad no toledana o estatal, pueda emigrar por disposición libérrima de sus indiscutibles propietarios.

No obstante, todo esto, factible pero por ahora improbable, quizás no sea más que la ensoñación de un dulce atardecer de otoño.



ANACORETA

Santo Domingo El Real, ritmo y poesía,
sombra y luz pincelando tus rincones,
reflejos de la luna en tus balcones,
tranquilas noches de silencio y armonía;
maitines que aun sonando en lejanía
se concentran en tí, alados sonos;
paz, sosiego, plegarias, oraciones...
y en tu ambiente aprisionada el alma mía.
Santo Domingo El Real, bella figura
de un pasado de nostálgicos poetas
y pintores que plasmaron tu hermosura;
de cantores que entonaron sus saetas
y de amores que lloraron su amargura...
«Santo Domingo El Real, de anacoretas».



A M O R

Brilla el sol con destello luminoso
y a raudales sus rayos desparrama
de uno a otro confín, pero no es su llama
la que enciende aquel fuego misterioso,
que vivifica el alma y da reposo
al corazón cuando a prenderle inflama.
Eres Tú, buen Jesús, el que derrama
una luz y un calor más poderoso
que el sol nacido en el lejano Oriente.
Eres Tú, Amor, el que mi pecho abrasa,
siendo Tú, Señor, mi sol naciente.
No permitas que este alma, fuego ardiente
que ahora brilla, mañana sea brasa
que se extingue en tu amor y que se pasa.

TRANSICIÓN

¡Oh muerte que con tupido velo
arrancas el alma en esta vida!,
saca la mía del fango hundida
y abriendo garras en airoso vuelo,
déchala depositada allá en el cielo.
Mas si de negra intención vestida
vas buscando en el vacío mi caída,
déchala padeciendo aquí en el suelo.
No me arrastre el frío inerte
en la noche oscura de la muerte,
pues pavor me causa tu llegada
si apareces negramente encapotada
pretendiendo que me pierda eternamente.
No me des ¡oh muerte! el infierno por morada.

DESENGAÑO

Así como el sol ilumina la tierra
y sus rayos calor y vida la dan,
así tú la diste más vida a mi alma,
brotando en la misma el principio de amar.

Así como el fuego consume la brasa
dejando pavesas cuando aquél va a cesar,
así mi cariño quedó consumido
dejando cenizas por tí al rechazar.

Así como el agua de arroyos y ríos
por mucho que brote se pierde en el mar,
así los amores por fuertes que sean,
si no se aprovechan no vuelven atrás.

Así como el viento las hojas se lleva
y con ellas del árbol la vida se va,
así tus desaires cual aire arrancaron
un amor como nunca pudiste soñar.

TRISTE AMOR

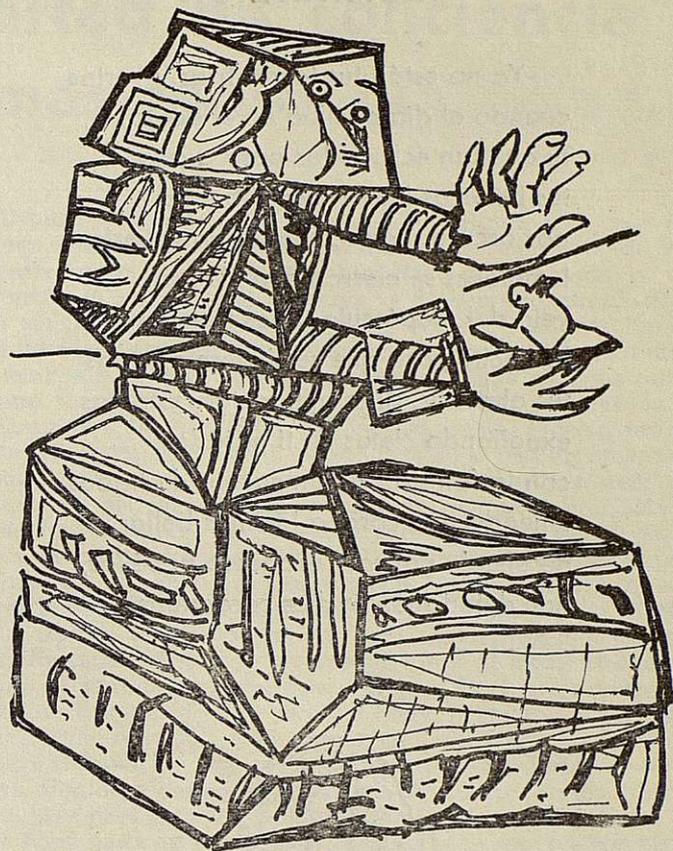
Del jardín de mi ilusión
eres flor que me apasiona,
mas porque el vergel no sufra
pisar no quiero su alfombra.
De lejos yo te contemplo
llegando hasta mí tu aroma,
cual brisa de mar lejano
empujado por las olas.
Así días y años se pasan
mirándote horas y horas
sin atrever a acercarme,

quizá porque siendo hermosa
mi presencia te avergüence
por no tener tu corola.

¡Qué triste llegar a viejo
para convertirse en sombra
de un alma que siendo flor,
sus ilusiones deshoja
al saber no alcanzará
aquello que la enamora!
De lejos yo te contemplo
sintiendo cerca el aroma
que para mí no prodiga
tu encanto, el de la rosa.
¡Qué triste llegar a viejo
y quedarse el alma sola,
sin amor que la consuele
cuando el amor apasiona!

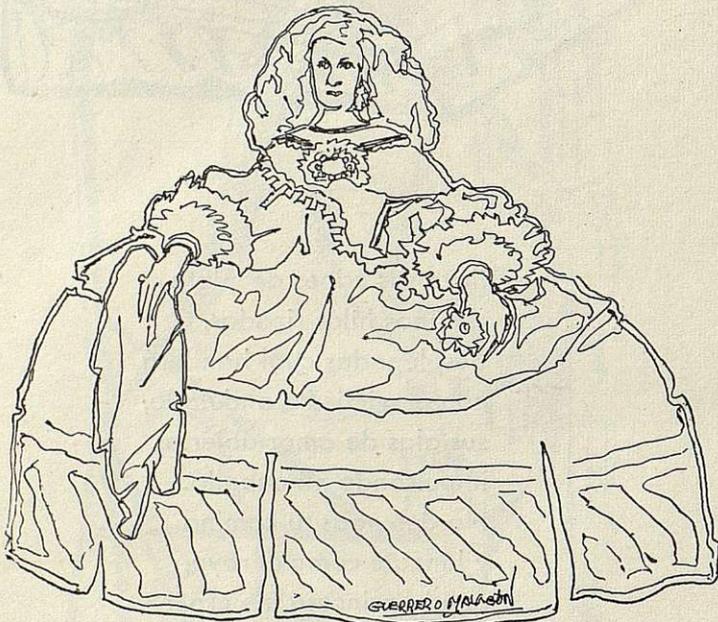
SOÑANDO

Doy rienda suelta a mis sueños
montado en caballo blanco,
y elevándome a los aires
remontando los penachos,
entre nubes como espuma
va mi corcel desbocado;
ni la tormenta ni el viento
son capaz a sujetarlo;



lleva sus crines de plata
de finos hilos rizados,
desplegadas cual bandera
con movimiento ondulado;
sus alas de amor abiertas
impulsando mi caballo.
No detengas tu camino
y lánzate como el rayo,
que la princesa me espera,
la de mis sueños dorados,
y yo moriré de pena
si a la cita no llegamos.
¿No la ves en atalaya
vistiendo rico brocado,
con resplandor en sus ojos,
brillantes de haber llorado,
cómo me hace señales
con el pañuelo en la mano,
envuelta por los luceros
de su castillo encantado?
Vuela, vuela fantasía
por el aire galopando,
no despiertes a la vida
y continúa soñando,
que la princesa me espera
con su vestido de raso,
en la almena de un castillo
por la luna iluminado.

Ya no están tus torres frías y yertas
cuando el día declina en el ocaso,
ni quedan eclipsadas paso a paso
tus bellezas imperiales cubiertas
por oscuro manto, cuando las puertas
luminosas se cierran con el raso
velo del crepúsculo; ni es fracaso
la noche para que se sientan muertas
tus almenas, pues millares de estrellas
expoliando cielos en tí posadas,
con la fantasía de un cuento de hadas
tejiendo una corona las más bellas,
de encaje gótico y arabesco aquéllas,
han dejado tus noches coronadas.



CAMPOS IMPERIALES

Fértiles vegas, huertos y rosales,
dorados frutos, pámpanos de plata,
claveles y amapolas escarlata,
de tomillo y romero Cigarrales.
Abrupto el valle, grises peñascales,
muy densa la bruma, sol que arrebatada,
conjuntos de un paisaje que retrata
de Toledo sus campos imperiales.
Cercanías remontando cual milano
espacios de los tiempos en la historia;
mirador en barroco toledano
de picachos apuntando hacia la gloria,
sois otra pieza de arte soberano
cantando armonía, cantando victoria.

Izadas las velas al viento
surcando de Grecia los mares,
con rumbo a Venecia bogaba
radiante y veloz una nave,
la nave del genio buscando
horizontes de gloria en su arte.
Flataba soñando sumida
entre ideas de fuerte oleaje,
beber en las fuentes eternas
de pintores sublimes y grandes.
Así pudo ser que dejara
hace años aquel navegante,
quizá con la aurora del día,
acaso quizá por la tarde,
alejada su isla el cretense
buscando otra patria anhelante,
la patria que añoran los genios,
cual es la de hacerse inmortales;
y así pudo ser que arribara
con solo su fe por bagaje,
seguro del triunfo el candiota,
confiado y seguro de su nave.

Y rompe con moldes antiguos,
y en Venecia los áureos se abren,
e impresiona su alma de artista
la fuerza de aquellos contrastes;
delirios de luz y color,
delirios de nubes y ángeles
que suben y bajan y suben,
impregnando su estilo, su arte.

Y sigue embarcado en su empresa
corriendo caminos errante
abierto a todo contacto,
abierto al estudio que invade
su ser, la pintura grandiosa
que lleva absorvida su sangre.
Venecia, el Tiziano, Tintoreto,
Bassone, Roma, Miguel Angel...;
un mundo de nuevas corrientes
le arrastra, subyuga y atrae.
Mas rompe también estos moldes
desbordado cual río de madre,
e inundan sus aguas las cimas
doradas salidas de cauce;
y las aguas inundan Toledo
y Toledo se inunda de arte,
y el Greco encontrando su patria
en Toledo, encuentra a su madre.

JULIÁN MALLUGUIZA

Los principios de libertad de conciencia y Santo Tomás Moro

Las palabras pronunciadas por el Cardenal Bea en el Concilio Vaticano II sobre «la libertad de conciencia», han llenado de ilusión y consuelo a gran número de cristianos.

Indudablemente, estos principios estaban ya latentes en amplísimos sectores del cristianismo universal. La vieja doctrina tradicional de que fuera del cristianismo no hay salvación, podrá tener vigencia en algunos círculos minoritarios pero, en términos generales, carece del consenso común. La fe no es solamente un acto de la voluntad del hombre sino, a veces, un don gratuito de Dios; y, por otro lado, las verdades religiosas no son de índole evidente y los caminos que conducen a ellas son harto personales y misteriosos.

Nadie intenta poner en duda la superioridad moral de un hombre bueno no católico sobre el cristiano inconsecuente con su fe. Esta primacía de la conducta respecto a la creencia, resulta innegable para el mundo de hoy.

Pero si estas actitudes son clarividentes en la actualidad, no lo fueron así para nuestros antepasados. Es penoso hojear la Historia de Europa y contemplar las persecuciones y violencias de las distintas creencias occidentales para imponer sus opiniones. Aquellos hombres no podían comprender cómo las verdades religiosas son algo personal e íntimo, algo que se corresponde tan sólo con el mundo espiritual y privado del creyente. A este respecto, son de suma precisión las palabras del Cardenal Bea: «a aquellos que pretenden oponerse a la libertad, aduciendo que el error no tiene derecho a la existencia, basta con responderles que el error es algo abstracto y, por consiguiente, no es sujeto de derecho, mientras que el hombre es un sujeto de derecho, incluso cuando él inevitablemente se equivoca, sin poder corregirse a sí mismo».

Si bellos son los «Principios de Libertad de Conciencia» formulados por el Cardenal Bea, aún lo es más —por la época en que fue escrito— el capítulo que Santo Tomás Moro dedica en su «Utopía» a las religiones.

Al comentar este capítulo de Moro, conviene tener presente el marco histórico que le correspondió vivir, así como su condición de mártir de la fe. Aquí se conjugan, en maravillosa armonía, la fortaleza de su fe (hasta el punto de ofrecer la cabeza al verdugo) con la más amplia postura liberal.

Tomás Moro, que escribió su obra en un clima religioso de exacerbada intolerancia, sólo impuso en ella carácter coarctivo para aquellas verdades que pudieran considerarse, entonces, de orden natural: Existencia de Dios e inmortalidad del alma; dejando al hombre en plena libertad para que cada uno escogiera aquella creencia o religión que honradamente le dictara su conciencia. Veamos:

«En Utopía se profesan diversas religiones, pero la mayor parte de sus habitantes, y entre ellos las personas de más claro juicio, veneran una divinidad invisible, eterna, inmensa, incomprensible, que tratan de Padre, atribuyéndole el origen, la mudanza, el aumento y el fin de las cosas, y todos convienen en que hay un Dios supremo autor y providencia de lo creado...; el que se había hecho cristiano era respetado, ya que el principio fundamental de los utopianos es la tolerancia, y un neófito cristiano, al cual yo recomendaba la prudencia, y que se puso a predicar nuestra fe, condenando a todas las demás, tratando de impíos a aquellos que no adorasen a la Santísima Trinidad, diciéndoles que por tal crimen arderán después de muertos en las llamas eternas del infierno, fue castigado con severidad por los magistrados, y no precisamente por lo que decía, sino por los tumultos que causaba, y como perturbador de las leyes de Utopía, que permiten creer lo que más grato sea, ya que al principio, cuando Utopos conquistó la isla, considerando la disparidad de sectas de sus habitantes y las disputas que de ello se derivaban,

dispuso que cada cual profesase la religión que estuviese más de acuerdo con su manera de sentir, permitiendo alabarla, pero con verdadera modestia, prohibiendo la violencia, la acritud y el anatema, y castigando con destierro o servidumbre forzada a quien osase excederse en sus prédicas. Utopos promulgó este estatuto no sólo para mantener la paz, que desaparece con las disputas y los odios, sino también para ser agradable a Dios, al cual ha de complacer la diversidad de cultos, siendo buena prueba de ello la variedad de ritos que inspiró a los hombres, pensando además que era injusto obligar a nadie a creer por fuerza y con amenazas, convencido de que si una sola de las innumerables religiones practicadas por todas partes era la marcada con el sello de la divinidad, ésta se impondría por su dulzura, paciencia y persuasión, ya que la verdad disipa todas las brumas y se impone por su virtud. Lo que el primer legislador de Utopía prohibió, era que nadie osase afirmar la muerte del alma al morir el cuerpo, que el mundo se gobernase sin una Divina Providencia, y que después de esta vida no fuese premiada la virtud y castigado el vicio... Una cosa certísima, y que sin embargo parece imposible, es que los diferentes partidarios de todas las religiones del país se junten a un tiempo en los mismos lugares para invocar juntos al Ser Supremo. Al efecto, no se hace nada en las iglesias, ni hay nada que no convenga a todas las sectas, dejando los detalles especiales de cada creencia para que cada uno los practique en su casa, en el seno de la familia. En ninguna capilla se ven imágenes de la Divinidad, a fin de que todos los congregados se hagan la idea que su religión les sugiera; no se la invoca con diferentes nombres, todos le llaman Dios, y este nombre, comprendido por todos, significa Rey absoluto de los cielos y la tierra. Las plegarias públicas son formuladas en términos que no contradicen en nada las profesiones de fe particulares.»

Así escribía nuestro santo en pleno siglo XVI, hombre dotado de fe tan recia que supo morir por su amor a Cristo el 7 de Junio de 1535, decapitado por orden de Enrique VIII al no apostatar de su fe.

JESÚS SANTOS



ESTATISMO O DINAMISMO Y SU SÍNTESIS CRISTIANA

Desde que el pensamiento humano comienza en la historia a dar muestras de su madurez, desde que el hombre empieza a interesarse sobre la existencia, sobre la vida, sobre la naturaleza en general, dos tendencias combaten, dos ideas luchan entre sí. Al considerar la esencia, la consistencia y la existencia de las cosas de la naturaleza, surgen los conceptos de la estaticidad o dinamicidad de la materia: el esquema rígido de la naturaleza o el fluir constante de ésta. Dos fuerzas ideológicas y conceptuales, una tesis y una antítesis, chocan una y otra vez. Cuanto en el mundo ha habido de intolerancia, de incomprensión, de violencia, ha venido manifestándose en esta lucha, sin comprender que la verdad se hace a retazos y que en la síntesis está muchas veces la armonía y la solución.

Desde los albores de la humanidad, desde la aparición del «homo sapiens» sobre la tierra, es la filosofía de los presocráticos, la primera filosofía de occidente, la que se enfrenta por primera vez con un sentido racional con los misterios de la naturaleza.

En un pueblo como el griego, en una cultura como la helena, a cuyos hombres no se les entregó de una manera explícita el don sobrenatural de la Revelación, este ejercicio de la razón lanzada a cuerpo descubierto en busca de la verdad, sin más armas que los sentidos y la experiencia, causa admiración y surge el respeto hacia la serenidad y el equilibrio de esa Grecia clásica.

No podemos menos que pensar que esa misma razón, a veces vituperada, es la que nos lleva después a demostrarnos la existencia de Dios. La razón no es un instrumento diabólico, sino el mejor, el más alto don dado a la naturaleza humana por el Creador.

La filosofía de los presocráticos, de los filósofos griegos anteriores, y a veces contemporáneos, de Sócrates, bucea en la naturaleza buscando aquella sustancia madre, de la que salían las cosas del mundo.

Dice Herbert Wendt en su obra «Tras las huellas de Adán»: «Los creadores de esta escuela filosófica eran colonos, colonizadores griegos del Asia Menor y Sicilia, hombres que conocían el mundo y que habían tenido los ojos bien abiertos y observado mucho, tanto en lo que se refiere a la naturaleza como a la vida misma».

A partir del siglo VI antes de Jesucristo, con la figura de Tales de Mileto hasta Sócrates (469-339 a. de J. C.), la filosofía transcurre como una reflexión racional sobre la naturaleza del universo.

Tiene el mérito el pensamiento presocrático de ser el verdadero iniciador de la filosofía pura y desinteresada; ellos se despojan de la influencia de las civilizaciones orientales y de la carga mitológica de su propio pueblo. En Homero, en el siglo X antes de Cristo,

tenemos ya atisbos de reflexiones y preguntas sobre el mundo que nos rodea, pero parece asfixiado, ahogado por las fuerzas divinas del Parnaso griego.

Con la filosofía presocrática, por primera vez el hombre se sacude de su carga ascencial, sale de la noche de las supersticiones y por primera vez se plantea el problema de por qué las cosas cambian, surgen y mueren.

«Todo fluye». «No nos bañamos dos veces en el mismo río». «Todo cambia». Las frases de Heráclito son como un anuncio a muchos siglos de diferencia de las palabras de Darwin.

El hombre, incluso puede ser un producto de la evolución.

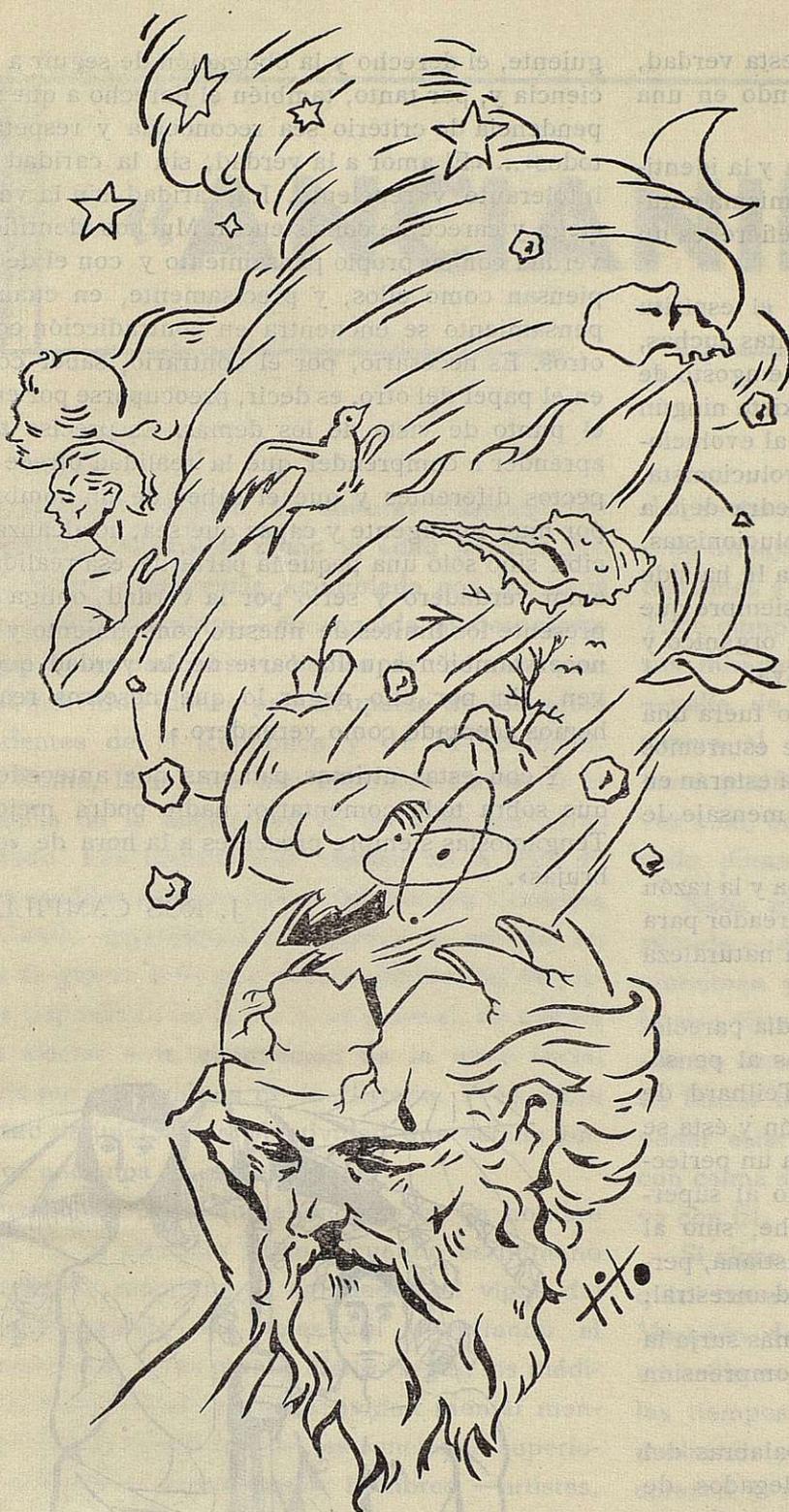
En efecto, gran parte de los filósofos presocráticos, con toda la escuela jónica con las figuras de Tales y de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes, y posteriormente Heráclito; luego, los pluralistas con Empédocles, Anaxágoras y Demócrito, en una observación de la naturaleza, hacen resaltar continuamente la idea de la evolución constante.

Dice Wendt: «En estas dos generaciones, del 600 al 450 antes de Jesucristo, los helenos habían aportado más al conocimiento de la naturaleza que toda la humanidad en los dos mil años siguientes. Como biólogos, defendían teorías evolucionistas de carácter extraordinariamente moderno. Como físicos, esbozaron ya los primeros esquemas de la teoría de la gravitación y de la ley de la conservación de la energía. Como matemáticos, establecieron los primeros teoremas geométricos elementales. Como astrónomos, se hicieron del mundo una idea que recuerda las de Copérnico, Kepler y Galileo; conocieron todos los reinos de la naturaleza, los relacionaron entre sí y buscaron a través de la riqueza de fenómenos la causa primera que unía lo múltiple. También el hombre estaba, según ellos, sometido a las leyes de la naturaleza, era criatura entre las criaturas».

Sin embargo, ya entre los presocráticos surge la primera chispa de la discordia frente a los filósofos, que concebían la naturaleza como en un continuo devenir; están los eleáticos como Zenón y Parménides con sus conceptos de inmutabilidad y estatismo.

Con Platón, sobre todo con Aristóteles, el pensamiento humano cambia, surge la metafísica y el estudio de la naturaleza queda desplazado. El mismo Aristóteles, aparte de su obra gigante de lógica con el Organon, de su Filosofía Primera o Metafísica, de sus obras de Ética, de Psicología, de Retórica y de Poética, escribe obras de Física y Biología, pero en éstas impera ya el concepto de lo estático; Aristóteles se nos muestra aquí como un magnífico clasificador, un naturalista exhaustivo; considera a la naturaleza como un todo clasificable, estático, inmóvil; nada se transforma y todo es creado desde el principio.

A partir de Aristóteles y aún anteriormente con Sócrates y Platón, las ciencias naturales se separan de



la filosofía pura, y ésta sólo se interesa ya por el ser moral del hombre, independiente éste por completo del resto de la naturaleza.

Todos los intentos de volverlos a unir fueron en vano durante muchos siglos.

Según Wendt, los afanes por unir de nuevo lo que estaba disociado, tropezaron con una desgraciada institución, la dictadura cultural del Estado-Policía.

A partir de entonces, la teología, la ciencia y la filosofía oficial han venido considerando a la filosofía de la naturaleza como un tabú.

La teoría de la naturaleza fluente, como una dialéctica hasta la aparición del hombre, ha chocado con el concepto del estatismo.

No todo en la línea evolucionista se debió considerar como rechazable, sin que podamos tampoco afirmar que todo era aceptable y puro.

Mucho se hubiera podido salvar de tanto tabú, pero la falta de fe verdadera y la intransigencia encendieron las hogueras del martirio y abrieron los caminos del destierro.

Empédocles muere desterrado en el Peloponeso. Anaxágoras fue juzgado por incrédulo y condenado a pena capital, salvándole en última instancia la intervención de Pericles.

Y nos sigue diciendo Herbert Wendt: «Los sesenta escritos de Demócrito fueron pasto de las llamas por orden de la censura, a pesar de que sólo contenían una imagen científica del mundo, desde la fisiología hasta la teoría de los átomos; en estos escritos Demócrito aparece como predecesor genial de todos los grandes físicos, desde Galileo y Newton hasta Bohr y Einstein (cuentan por cierto que fue Platón quien provocó esta quema de libros, la primera de toda la cultura). Como otros botones de muestra a lo largo de la historia, Giordano Bruno pagó con la vida sus teorías filosófico-naturales, que recordaban las de los presocráticos; Galileo —redivivo Demócrito— tuvo que retractarse en el tormento. El erudito renacentista Pedro Ramus fue degollado por haberse atrevido a criticar la concepción finalista de Aristóteles».

La figura de Descartes viene a barrer los antiguos conceptos y métodos. El método cartesiano es un método físico-matemático introducido en la filosofía; partiendo de la duda y del «cogito» va elaborando un sistema racional analítico que va irradiando hasta nuestros días e impregna las normas de la ciencia y de gran parte del pensamiento moderno.

El pensamiento cartesiano viene condicionado por su momento histórico; surge cuando la creencia aristotélica sufre menoscabo; con el descubrimiento de la redondez de la tierra y con el sistema planetario de Copérnico, la tierra y el hombre se desplazan del centro del universo y ya no ocupan la posición única y privilegiada que Aristóteles suponía. La Humanidad vive en estos tiempos una verdadera crisis religioso-científica y filosófica.

Giordano Bruno, Leilniz, Bacon, Spinoza, Darwin, bucean en los misterios y en el devenir de las cosas. Verdaderamente, los avances científicos dejan malparado a Aristóteles.

Realmente, prescindiendo de los abusos de una y otra parte, hoy día se nos va perfilando una verdad

que no tuvo por qué ser tan cruenta. A esta verdad, como ocurre con tantas otras, se va llegando en una marcha pendular.

La observación directa de la naturaleza y la identificación del hombre con un estudio de esa misma naturaleza, en cuanto a envoltura corporal se refiere, es un concepto admitido hoy por casi todos.

La formación científico-humanística y el espíritu de comprensión de Pío XII, acaba con tantas luchas, en su encíclica «Humane Génesis» del 12 de agosto de 1950, en la que se hace constar que no existe ningún inconveniente, ateniéndose estrictamente al evolucionismo biológico, para que un católico sea evolucionista. Con la infabilidad de su magisterio excátedra deja a los católicos en absoluta libertad de ser evolucionistas, siempre y cuando admitamos que el alma le ha sido infundida en un acto creador por Dios, y siempre que admitamos que de ese barro ¿por qué no, orgánico y viviente? surgió una sola pareja, Adán y Eva.

Puede ser que el evolucionismo incluso fuera una teoría equivocada, pero de lo que siempre estaremos seguros es que nunca los logros de la ciencia estarán en contraposición con la Revelación, pues el mensaje de Dios es valedero eternamente.

La Verdad suprema es Dios, y la ciencia y la razón son instrumentos dados al hombre por su Creador para llegar hasta Él, contando siempre con la naturaleza finita y limitada del ser humano.

Muchos de aquellos conceptos que un día parecieron heréticos, están hoy día incorporados al pensamiento cristiano en la obra del Padre Teilhard de Chardin; el hombre continuará su evolución y ésta se dirigirá, ya que el físico está conseguido a un perfeccionamiento de tipo espiritual, llegando, no al superhombre cruel e imperturbable de Nietzsche, sino al hombre y a la sociedad auténticamente cristiana, perdiendo cada vez más la carga de animalidad ancestral.

Por todo esto, es de desear que nunca más surja la violencia en la tierra y que el espíritu de comprensión se imponga a los viejos odios.

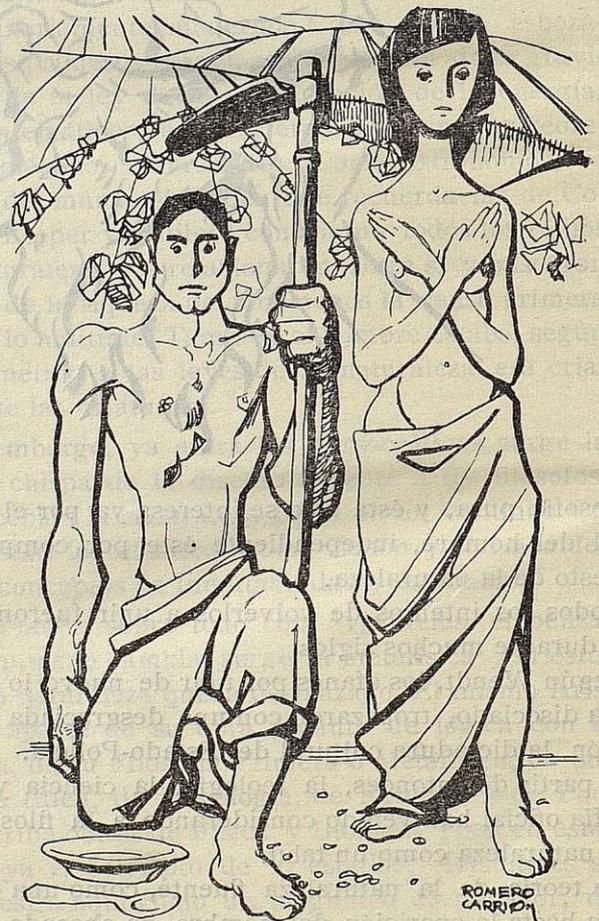
No podemos por menos que citar las palabras del Cardenal Bea (alemán) a quinientos delegados de veinte confesiones religiosas, cristianas y no cristianas, acerca de la libertad de conciencia de creyentes y no creyentes.

Dijo: «Las dolorosas guerras de religión fueron la consecuencia de un amor a la verdad falsamente entendida, puesto que se intentó, en nombre de la verdad, imponer por la fuerza a otros hombres determinadas convicciones, olvidando con ello un hecho no menos fundamental, a saber: la libertad humana. Esta libertad supone el derecho del ser humano a decidir libremente su propio destino según los dictados de su conciencia. A aquellos que pretenden oponerse a esta libertad, aduciendo que el error no tiene derecho a la existencia, basta con responderles que el error es algo abstracto, y por consiguiente no es *sujeto de derecho*, mientras que el hombre es un sujeto de derecho, incluso cuando él inevitablemente se equivoca, sin poder corregirse a sí mismo. El hombre tiene, por consi-

guiente, el derecho y la obligación de seguir a su conciencia y, por tanto, también el derecho a que su independencia de criterio sea reconocida y respetada por todos»... «El amor a la verdad, sin la caridad resulta intolerante y repelente. La caridad sin la verdad es ciega y carece de consistencia. Muchos identifican a la verdad con su propio pensamiento y con el de los que piensan como ellos, y precisamente, en cuanto este pensamiento se encuentra en contradicción con el de otros. Es necesario, por el contrario, saber colocarse en el papel del otro, es decir, preocuparse por entender el punto de vista de los demás. Es preciso también aprender a comprender que la realidad ofrece mil aspectos diferentes y que el saber de un hombre solo, por muy inteligente y capaz que sea, no alcanza a percibir sino sólo una pequeña parte de esa realidad. Un amor verdadero y serio por la verdad, obliga a tener presente los límites de nuestro conocimiento y a reconocer también aquella parte de la verdad que otros ven, sin por ello negar lo que nosotros realmente hemos aceptado como verdadero.»

Y con estas últimas palabras que anteceden creo que sobra todo comentario; nadie podrá mejorarlas. Tengámoslas siempre presentes a la hora de «quemar brujas».

J. ROS CAMPILLO



«ANCIANIDAD»

Los pueblos antiguos, las culturas clásicas, consideraban a la ancianidad como la edad juiciosa por excelencia. La experiencia acumulada con los años y la serenidad de espíritu —conseguida al despojarse el cuerpo de las pasiones—, hacían del hombre pro-
vecto el individuo idóneo para ocuparse de los actos trascendentes de la República y de la Sociedad. Grecia, Roma, Israel nos dan ejemplos claros de la importancia de la ancianidad en las altas funciones del Estado. Las instituciones básicas en la vida de aquellos pueblos estaban integradas por los Consejos de Ancianos, organismos encargados de orientar en asuntos de guerra y de paz, de administración de justicia, de imposición de la ley y, en general, de cuanto pudiera afectar a la conducción de la nave social y política por los caminos de la Historia. Y asombra la claridad de juicio y la objetividad que sabían imprimir los ancianos a sus decisiones.

No pensemos pues, que el anciano es un hombre acabado. Si el ejercicio físico —cuando es humano y moderado— mantiene la agilidad y el vigor del cuerpo prolongando una vejez útil y evitando el apoltronamiento, no es menos cierto (según los médicos y la experiencia) que la actividad mental mantiene también la capacidad de las funciones superiores. Y así vemos a determinados hombres —artistas, literatos y pensadores— como en la longevidad han dado frutos tan valiosos como en sus mejores años.

La ancianidad ha sido siempre respetada. «El respeto a las canas» es un sentimiento tan común y tan arraigado a la esencia misma del hombre, que casi parece impuesto por la propia naturaleza. Si nos horrorizamos ante una madre desnaturalizada que abandona a sus hijos, no menos deploramos la acción de aquellos hijos que se desentienden de sus padres, sobre todo, cuando éstos más pueden necesitar de aquéllos.

En la trayectoria vital del hombre la ancianidad representa la edad del deber cumplido. La presencia

del anciano nos habla de toda una vida de amores y de trabajos, de alegrías y de amarguras, de satisfacciones y de tedios, de ilusiones y de desengaños. Todo cumplido, todo pasado, pero todo grabado en sus miradas y en sus arrugas. Y como en la vida —valle de lágrimas— el capítulo de sufrimientos supera al de las dichas, y el sufrimiento por su parte purifica y ennoblece, he aquí al anciano otra vez niño, otra vez inocente, otra vez limpio y purificado. ¡Gran nobleza la del anciano!

Nada más loable y meritorio que haber vivido su vida —toda una vida—, hora a hora y día a día, monótona y silenciosa; y aunque en ella se hayan puesto virtudes y defectos, fallos y aciertos, el sufrimiento interior de cada uno se ha ido encargando de borrar las faltas o los errores, para así, al final, poder estar mucho más cerca de Dios y escuchar con calma su postrer llamada para la unión definitiva con El.

Si algún deber le queda por cumplir al anciano, quizá sea aquel, que tan reiteradamente le aconsejaba Marañón, de la ADAPTACIÓN. El anciano no puede encasillarse en el pasado evocando permanentemente los tiempos de su juventud. La vida es constante evolución y, por eso, puede y debe rejuvenecer su corazón y su mente adaptándose a los tiempos en que vive.

El anciano ha coronado ya la gran cuesta de la vida. Ha sido una ascensión dura y larga y por eso llega jadeante. Desde su altura contempla nuestros esfuerzos —que un día fueron suyos—, nuestros aciertos y nuestras torpezas en el continuo escalar. De ahí su sonrisa de comprensión, su amplia y bondadosa comprensión.

Nosotros aquí, a medio subir la gran montaña, elevamos los ojos a la cumbre y con todo respeto y cariño pedimos al anciano su paternal bendición.

J. SANTOS



Asociación
de
Artistas
Toledanos